

Fantina

Fantina siempre está en casa. Paso de la puerta de entrada directamente hacia la cocina y la encuentro ahí, echando arroz en una olla con aceite de oliva y ajo. Agita un poco la cacerola, sin sonreír. Fantina tiene los rasgos de una mulata blanca. Lleva un turbante en la cabeza para ocultar su pelo tieso, pelado al rape. Hoy también lleva puesta una falda de lana gruesa, un suéter de cuello alto y un par de botas Wellington. Es de manos firmes, y trenza el pelo de Katinina como si tuviera una vida eterna por delante.

A diferencia de mí, Fantina es permanente. Estaba en la casa antes de que yo llegara y estará ahí cuando yo me haya ido. Me veo a mí misma efímera, frágil, un fuego fatuo, y a Fantina como un objeto inamovible, y además como una fuente inagotable de provisiones. Cultiva estragón y romero, y compra arroz por costal como si supiera que seguirá aquí en la primavera.

Fantina está en la parte superior de la vieja villa en La Perreuse sur Mame. Visite a sus dos hijos para que se vayan al colegio y se inclina hacia afuera para mirar más allá de los limeros hacia Vincennes. Nadie en el lugar habla su idioma. Si pudieran escucharla, les contaría de su padre, pues está pensando en él.

Las tardes son largas. De las ventanas superiores de la villa, puede ver el camino hacia la terminal de autobuses y el autobús verde que te lleva al metro que te lleva a París que te lleva al mundo. Desde hace cuatro meses no toma el autobús, desde hace tres años desembarcó en Francia. Yo sólo estoy aquí por Y, a quien conocí en una parada de autobús y que aparece entrada la noche con Adalberto, el esposo de Fantina. Buena parte de mi tiempo la paso esperando cartas. Con frecuencia me siento en un banco en la cocina y platico con Fantina mientras ella restriega la mesa y se embarca en una de esas prolongadas campañas que terminan en cena. Casi de modo invariable empieza por picar cebolla con un cuchillo en forma de cimitarra que mece suavemente de un lado a otro de las venas transparentes, luego reduce los jitomates a una masa roja palpitante y pica perejil. En sus actividades no hay presentimientos. Mientras tanto, yo le cuento mis planes, porque siempre hay planes. Si consigo trabajo en la oficina de turismo, puedo trabajar de nueve a dos y en las tardes ir a mis clases en Beaux Arts. Podría trabajar como recepcionista en un hotel durante seis meses y ganar lo suficiente para irme a Viena en el verano y apren-



Dibujo de Joaquín Sorolla.

Traducción de Bárbara Jacobs.

* Escritora. Hispanoamericanista. Nació en Inglaterra y vive en Nueva York donde es la directora del Centro de Estudios Latinoamericanos. Es autora de varios libros y artículos.

der alemán. Si Y vende sus diseños de joyería tal vez vayamos a Inglaterra. A veces me da la impresión de que Fantina nunca podrá irse. Está atrapada como una mosca en una habitación sin ventanas (estoy segura de que esto es algo que se me ocurre después, quizás en San Diego). No dice nada de sus interminables días en La Perreuse. A mí me gustaría que hablara más, pero está peleada con las palabras. Aun cuando algo la inquieta, se aísla en un silencio implosivo. La erupción del volcán, por ejemplo. Es la única vez que el nombre de su país aparece en un periódico francés importante y esto la enfurece. Una fotografía de Ness muestra a un campesino con vasijas de barro atadas a la frente; con un texto que cuenta de una plaga de tarántulas que precede la lava volcánica y que desata el terror entre los indígenas desasistidos, desesperanzados. A mí el texto me parece fascinante pero Fantina ya convirtió el *France Soir* de nuevo en pulpa de madera y lo arrojó al fuego. Un país tan remoto, tan sin importancia. Me desconcierta su vehemencia.

Todos mis planes tienen un común denominador. Dependen de escribir y de recibir cartas. A pesar de la insistencia de Y, yo nunca llamo por teléfono ni mucho menos visito a mis patronas cada vez más improbables. Prefiero escribirles y luego ir a Correos en donde despacho mis cartas después de cerciorarme de los horarios de "enlèvement", segura de que ahora puedo vivir cuatro o cinco días en la condición de suspensión pura.

Los cuartos de abajo en los que vivo conservan aún un aire de modesto esplendor burgués. Hay candelabros en cada cuarto, pequeños, es cierto, pero las bujías de cristal colgantes tintinean con la brisa y de noche las luces resplandecen sin compasión sobre el

aparador polvoso en el que hemos acomodado cepillos, cuadernos para diseño, alambre y esmalte. Las cuentas de luz son tremendas, pero lo peor es el aburrimiento cuando Y llega a casa temprano. Leemos a Proust (sí, a Proust) en tanto que Fantina va y viene en los cuartos de arriba.

Es cierto que siento algo de emoción cuando en diciembre me caso con Y en la Mairie en La Perreuse sur Marne. El alcalde lleva puesta una banda tricolor y lee en voz alta las cláusulas del *Conde Napoleón* que detallan con minuciosa precisión la división de la propiedad. El alcalde pertenece a una Francia que pronto desaparecerá junto con De Gaulle y los restaurantes de cinco estrellas. Fantina mira esta probabilidad con algo parecido a la alegría. No le importan los franceses. Yo aprendo español con una gramática mano impresa en 1905 y empiezo a poner atención cuando ella habla con Katina. Al mismo tiempo me pregunto si valdrá la pena. Nos habremos ido para mayo.

Muchos años después, busco el diario que llevé a lo largo de este tiempo en busca de información sobre Fantina. En ese entonces, a mí no me interesa sino registrar mis encuentros con hombres en una clave que Y no pueda comprender. También, señalo mis menstruaciones. Como a todo mundo, me preocupan los hijos y la bomba. Todas tenemos el número de teléfono del mismo estudiante de medicina que sabe cómo colocar un tubo de hule dentro hasta que uno sangra y tiene que ir al hospital. A mi amiga Glyn se lo hacen y casi se muere. Todavía recuerdo los fríos pisos de piedra de *La Pitié* y las multitudes de estudiantes masculinos yendo detrás de "le gran bronze".

Durante varios días vendo joyería a lo largo de la banqueta cerca de la Porte

d'Orleans y sólo en esta ocasión París parece una película de René Clair. Los prendedores en forma de mugete se venden bien, sobre todo justo antes del primero de mayo. Pero Y desaparece un día entero. Alguien me mete mano y llamo a la policía. Me miran y ríen. ¿Qué tiene que ver la policía con eso? "*C'est un pervers*", explico. Se ponen serios. Veo a la policía de Vincennes escribir sus reportes con plumas que arañan. Se ven muy diferentes de cuando embisten con varas.

Si vendemos doscientos prendedores iremos a Niza pero ahora Y se desinteresa. Hay un mitin, parece, y una manifestación. Se gana un golpe en el brazo derecho y la joyería le sale horrible. El gentío en la Porte d'Orleans nos mira con desprecio.

Entrada la noche doy vueltas esperando que Y llegue a casa. Me ataca el insomnio y voy a ver a un psicólogo que me dice que eso me sucede porque duermo con machos ineficaces. Durante muchos días, camino por las calles de la Marne. La primavera ha hecho salir a los pintores. Hay miles de ellos, todos impresionistas. Cuando Y regresa es para decirme que nos tendremos que esperar hasta junio.

Una mañana de domingo cuando las campanas llaman a misa de diez, encuentro a un hombre en la puerta y le ofrezco entrar para que se proteja de la lluvia. Me echa una desasistida mirada con ojos inundados de verde gris. No habla francés y señala hacia arriba, a donde vive Fantina. Más tarde, esa noche despierto. Han de ser las tres o las cuatro de la mañana y la lluvia sigue goteando desde las hojas lilas. Al subir y atravesar el vestíbulo hacia el baño que compartimos, veo a los dos sentados ante los platos sucios y los vasos de vino vacíos. Están iluminados como en un cuadro de Caravaggio (en retrospectiva, el

"Cinco de Mayo" de Goya, cuando el tiempo se detiene y el horror es interminable). Los veo como conspiradores pero no son sino hermano y hermana unidos para siempre por ser hijos de un suicida.

Fantina me lo cuenta un día, hablando de su padre de una manera abrupta, hostil, como si, veinte años después, todavía resintiera lo que él hizo. Me imagino a alguien hundido en la melancolía, que se coloca la pistola en la boca y aprieta el gatillo sentado ante una mesa llena de platos sucios, iluminado por una luz terrible. Ahora sé que ha de haber sido de otro mundo. Hay algo más en el asunto de lo cual no estoy enterada.

—Tenía que hacerlo —dijo Fantina en su vacilante francés—; o la policía lo habría hecho por él.

—Podía haber ido a la cárcel —sugiero, pero mi sugerencia sólo la enfurece más.

—¿En dónde estarán todos? —me pregunto. Parece que todo mundo se va durante el verano, pero apenas estamos en mayo. Ahora veo a Fantina cocinar día tras día, picar cebolla, moler los jitomates. Trato de hacerla hablar de su papá y de su hermano pero el momento de la confianza se ha esfumado. Le ofrezco mis recuerdos de la Segunda Guerra Mundial y los bombardeos. Le cuento lo que fue oír la propaganda alemana, meterse debajo de la mesa mientras los bombarderos volaban hace Liverpool, y del fuego contra aviones. "Meterse debajo de la mesa...".

—Miedo. Sí, sé un poco lo que es.

Pero mi guerra no es su guerra. Sucede algo tonto y no me explico cómo llegó a suceder. Fantina está muerta y no puede contarle desde su punto de vista, así que es mi palabra contra la suya. ¿Cómo puedo explicarlo? Me enoja su enojo. Una

noche desatomillo un foco de la lámpara del rellano y Fantina rueda por las escaleras. No se lastima, pero ¿cómo iba yo a saber que estaba embarazada?

Después de eso apenas nos dirigimos la palabra. Yo, la gringa, la enemiga convertida en enemiga. Me pregunto cómo irán a pagar la renta cuando nosotros nos marchemos, cuánto tiempo va a durar el costal de arroz. Para entonces su hermano ya se ha ido. Un día su esposo, Adalberto, se acerca a la puerta. Yo compro un dibujo de un toro con un par de banderillas clavadas en el cuello. Adalberto se vuelve mi único contacto con Fantina. Y también él es un misterio, aunque de otro modo. Es una de esas personas que toman el tren hacia Chartres por razones inexplicadas y luego regresan vía Dieppe. Aun los días en que Fantina todavía me habla, no menciona a Adalberto. Es Y quien me cuenta que ella ha puesto sangre de su menstruación en el vino de Adal-

berto para mantenerlo fiel.

Un gesto, casualmente. Adalberto se mata durante la coronación de Isabel II cuando todo mundo en París está pegado al aparato de televisión. Sucede que tiene muchas casas y muchas mujeres, pero, con todo lo que dicen los periódicos, sigue siendo un misterio. ¿Qué clase de hombre se lanza de la montaña artificial del zoológico de Vincennes para caer entre los monos? ¿Qué mensaje hay en esto? Según Y, estaba borracho.

Da la casualidad de que nosotros estamos lejos de París cuando muere. Nos vamos de prisa, casi de la noche a la mañana. Hay un pasaje en un barco que sale de Amsterdam. Aparece Y con los boletos una noche y nos pasamos hasta la madrugada rompiendo papeles y cartas. Empacamos algo de ropa y lo que queda de la joyería. Luego nos vamos a las 5:30 del amanecer de un día de junio, amonto-

nando nuestras bolsas en el primer autobús hacia Vincennes. Miro hacia atrás y veo la Rue de la Station. Los botones de las flores lilas ya no están y la calle tiene ese aspecto empolvado, verdigris, de las pinturas impresionistas. Veo la cara de Fantina asomada desde una de las ventanas de arriba. Luego, la de Adalberto. No hacen el menor gesto ni nosotros tampoco.

Tenemos que suponer que Fantina se las arregló para conseguir el dinero y que dejó la casa con sus dos niños. Tenemos que imaginar a extraños habitando esa casa, incinerando lo que se hubiera dejado atrás. Durante varios años, Fantina y yo vivimos en la misma ciudad. El silencio entre nosotras era tan grande que no visitábamos las mismas casas ni frecuentábamos los mismos bares ni tampoco compró ella nunca joyería en nuestro puesto. En una ocasión vi su cara bajo el sol duro de ese país cuyo nombre ella no podía decir,

pero mi propia cara, estaba oculta detrás de un inmenso par de anteojos de sol. Fantina esperaba un autobús. Se veía mas fornida en su blusa indígena tejida, algo gorda. La vi subir al autobús y por última vez vi su cara asomarse enojada por la ventana. Seguía enojada años después, lo suficientemente enojada para ser encarcelada, lo suficientemente enojada para enseñar a otras mujeres presas a leer y escribir, lo suficientemente enojada para publicar folletos clandestinos, lo suficientemente enojada para entrar en la clandestinidad cuando el gobierno militar tomó el poder, lo suficientemente enojada para ser sorprendida con una pistola, para ser torturada y reducida a pulpa y arrojada al Océano Pacífico. Esto, sin duda, es lo que ella estaba esperando en La Perreuse. Estoy segura de que no pensó en mí desde que dejó París. Quizás ni siquiera se acordó del foco ni una sola vez.

Jam

TESTIMONIO



...ni siquiera me dejaban salir a la calle...

“Los señores que fueron a traerme para trabajar con ellos, me trajeron a una casa bien grande que tenían aquí. Me mandaban a hacer alguna cosa, y si no le parecía a la señora, me pegaba, o agarraba una cubeta de agua helada y me la voltiaba encima; así me tenían, ¡era horrible en esa casa! Me tenían casi encuerada, me vestían con la ropa que ya no querían... y no me pagaban nada, ni un quinto; pero yo ¿qué podía hacer? era una niña y yo no sabía cómo era México porque ni siquiera me dejaban salir a la calle...” (Imelda B.)